

“

O
LA OCULTA

”

YÁÑEZ, EDUCADOR



JUAN JOSÉ DOÑÁN*

El autor de *Al filo del agua*, de quien ahora se celebra el centenario de su nacimiento, consagró su vida en buena medida al ejercicio y difusión de la enseñanza

* Escritor y periodista. Ha sido colaborador de diversos diarios y revistas, en especial en temas culturales. Es autor de *Antología del cuento cristero* (1993), *El occidente de México cuenta* (1995) y *Oblatos-Colonias* (2001).

Su justa fama de gran escritor está muy lejos de agotar la obra y la personalidad de Agustín Yáñez. Este ilustre jalisciense fue un hombre de variados intereses profundos. Aparte de novelista de excepción, fue uno de esos contados funcionarios gubernamentales que han sabido honrar y dignificar el ahora tan desacreditado “servicio público”; un consistente historiador, como llegó a calificarlo Luis González, sin duda uno de nuestros más grandes exponentes en ese ámbito del conocimiento, y, entre otras cosas, Yáñez fue también una persona que dedicó muchos de los mejores años de su vida a la educación. La enseñanza fue para él otra de sus vocaciones, a la que se consagró de muy variadas formas: como maestro, funcionario magisterial, creador de instituciones e igualmente como promotor y favorecedor de diversas causas educativas.

Desde que obtuvo la modesta plaza de profesor de asignatura en la Escuela Normal para Señoritas de Guadalajara, a principios de los años veinte, hasta que alcanzó la titularidad de la Secretaría de Educación Pública, entre 1964 y 1970, pasando por su intensa e incesante actividad docente, administrativa y académica, que cultivó hasta los últimos días de su existencia en universidades y otras instituciones y dependencias educativas de Jalisco, Nayarit y la ciudad de México, la de Agustín Yáñez fue una vida consagrada en buena medida al ejercicio y la difusión de la enseñanza, razón por la que merece figurar entre los grandes educadores de nuestro país, al lado de un Gabino Barreda, un Justo Sierra, un José Vasconcelos o un Jaime Torres Bodet.

DEL TERRUÑO AL NAYAR

En 1923, antes de cumplir los 19 años de edad, Agustín Yáñez, quien acababa de matricularse como estudiante de la Escuela Libre de Jurisprudencia, dos años antes de la reapertura de la Universidad de Guadalajara, comienza a hacer sus pininos como maestro de Lengua y Literatura de la referida Escuela Normal para Señoritas, en su ciudad natal, institución que era dirigida por la profesora María

Pacheco. Como mentor de las futuras maestras tapatías, Yáñez perseveraría hasta 1929, cuando tiene que separarse temporalmente de la docencia a causa de nuevas y apremiantes tareas, como fueron la necesidad de terminar su tesis profesional (“Hacia un derecho internacional americano”), a fin de obtener su título de abogado, y la publicación de una notable empresa editorial, *Bandera de Provincias*, “quincenal de cultura”, que sostendría al frente de un grupo de amigos durante 24 números, publicados entre mayo de 1929 y abril de 1930, y la cual ahora figura entre las grandes revistas literarias mexicanas del siglo xx. Pero cuatro meses después de la aparición del último número de *Bandera de Provincias*, ya estaba de nuevo en la brega docente, sólo que ahora fuera de Jalisco, en el vecino estado de Nayarit.

Luis Castillo Ledón, quien gobernó aquella entidad entre 1930 y 1931, lo designó no sólo como titular de la Dirección General de Educación Pública del Estado de Nayarit, sino también como rector del recién creado Instituto de Nayarit, por lo que el ahora recordado escritor, con apenas 26 años de edad, regenteaba el quehacer educativo de los nayaritas. Aún no está suficientemente dilucidado cómo se estableció una relación tan estrecha entre el fogueado liberal nayarita, 25 años mayor que Yáñez, y este último, cuyas cartas credenciales (ideológicas y políticas) eran de un signo muy distinto, pues durante más de una década se había dedicado a combatir, desde la prensa y la tribuna pública, a los gobiernos revolucionarios, defendiendo la causa de la iglesia católica y del movimiento cristero.

Aunque Castillo Ledón contaba en su haber con dos épocas tapatías, la primera de ellas especialmente prolongada, la diferencia generacional, junto con otras causas, hacían del todo imposible que se hubiera establecido cualquier nexo entre este personaje y Agustín Yáñez. A fines del siglo xix, Castillo Ledón había estudiado en el Liceo de Varones de Guadalajara, ciudad en la que también desarrolló una importante labor periodística (entre 1896 y 1903 llegó a ser secretario de redacción de *El Sol* y *La Gaceta de Guadalajara*, y figuró asimismo como direc-

tor-fundador de *El Monitor de Occidente*). Al año siguiente, precisamente el nacimiento de Yáñez, se marcha a la ciudad de México, donde cursa la carrera de his-

toriador en el Museo Nacional de Antropología, Historia y Etnología, y donde en 1912 llega a ser diputado federal. En 1913, con el encumbramiento del gobierno espurio de Victoriano Huerta, regresa a la brega periodística de Guadalajara, donde publica *La Gaceta*, de filiación anti-huertista, la cual se presentaba como “el periódico de mejor información en el occidente de la república”.¹

Es probable que el trato entre ambos se estableciera durante los 12 meses de vida de *Bandera de Provincias*, empresa editorial que, entre otras cosas, permitió a sus editores, comenzando por el propio Yáñez, poder relacionarse con el mundillo cultural no sólo de la capital del país (al que pertenecía Castillo Ledón), sino de varias ciudades del resto del país. Como quiera que haya sido, el encuentro debió haber impresionado de manera muy favorable al nayarita, pues no puede entenderse de otra manera que le haya confiado a un joven inexperto como el tapatío nada menos que la cartera educativa de aquella entidad. Por otra parte, la opinión que Yáñez tenía de Castillo Ledón era punto menos que inmejorable: “me complace la convicción de que colaboro al lado de uno de los Gobernantes más cultos de la hora mexicana vigente”.²

Aun cuando la administración gubernamental de Castillo Ledón no duró más de un año, Yáñez se dio tiempo para muchas cosas: ampliar la semana escolar a un sexto día de clases (el sábado, dedicado al “perfeccionamiento de maestros y alumnos”); organizar cooperativas escolares; promover una “campana contra la mentira y la

“EL OBJETO PRINCIPAL DE LA ESCUELA es educar, antes que *instruir* y que formar *buenas maneras*. Si descuidamos la educación y la formación del carácter por inculcar conocimientos, lo habremos perdido todo, inclusive la enseñanza misma”.

murmuración”; fomentar el cuidado a la naturaleza, y, entre otras cosas, editar un periódico sobre asuntos educativos. En esta publicación trató de inculcar entre los docentes nayaritas su concepto de lo que debería ser la enseñanza pública: “El objeto principal de la escuela es educar, antes que *instruir* y que formar *buenas maneras*. Si descuidamos la educación y la formación del carácter por inculcar conocimientos, lo habremos perdido todo, inclusive la enseñanza misma”³ Igualmente, el joven funcionario se decía convencido de que el “fracaso de la educación en México es la superabundancia de maestros sin vocación”, y se declaraba enemigo de los métodos violentos en el aula: “Reprima el maestro su mal humor ante el discípulo, no se permita ninguna expresión brusca, ningún ademán violento [...] Aun en su aspecto moral y científico demos a la escuela un cierto sentido deportivo y festival”.⁴

DEL CAMPO A LA CAPITAL

Luego de haber cumplido con su primer encargo oficial en el campo de la educación pública, Agustín Yáñez, que aún no cumplía los 27 años de edad, regresa a Guadalajara. Pero desde el primer momento sabía que se trataba de un regreso transitorio. Para entonces, varios de sus amigos y compañeros de generación, como Alfonso Gutiérrez Hermsillo y Antonio Gómez Robledo, se habían mudado a la ciudad de México. Para aquel año de 1931, Yáñez no era el

1. Iguíniz, Juan B. *El periodismo en Guadalajara: 1809-1915*, t.II, Biblioteca Jalisciense, núm.14, Imprenta Universitaria, Guadalajara, 1955, apéndice “Láminas”.

2. Yáñez, Agustín. *Discursos al servicio de la educación pública*, t.I, Secretaría de Educación Pública, México, 1966, pp. 107-108.

3. *Ibidem*, p.106.

4. *Ibidem*, pp. 105-106.

APARTE DE NOVELISTA de excepción, Yáñez fue uno de esos contados funcionarios gubernamentales que han sabido honrar y dignificar el servicio público; un consistente historiador y un hombre que dedicó los mejores años de su vida a la educación

mismo; ya no se reconocía en la lucha antirrevolucionaria que había ocupado buena parte de su adolescencia y su primera juventud. Y sin embargo, en aquella Guadalajara poscristera, su pasado de activista político católico era como un sambenito que lo seguía marcando ante los demás y, no obstante su notable talento personal, hacía difícil que se integrara lo mismo a una administración pública con ribetes jacobinos que a una vida universitaria que sospechaba de todo lo que oliera o hubiera olido a incienso. Había también otra cuestión. Como en el proyecto de vida del joven escritor no figuraba el abogado litigante, sino el deseo de ampliar sus estudios en el campo de la Filosofía, su marcha a la ciudad de México era cosa decidida.

Al año siguiente, en efecto, ya estaba integrado a la vida académica de la capital del país, en una doble vertiente: como alumno de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y como profesor de la Escuela Preparatoria Nacional, que por entonces ocupaba el Colegio de San Ildefonso, donde hasta su jubilación impartirá las materias de Español y Literatura Universal. A la par, consigue otras chambas: director de la Oficina de Radio de la Secretaría de Educación Pública, jefe del Departamento de Bibliotecas y Archivos de la Secretaría de Hacienda, así como maestro titular de la Universidad Gabino Barreda. En la obtención de varios de estos empleos docentes y burocráticos estuvo la mano benefactora de Luis Castillo Ledón, quien se convirtió en una suerte de protector suyo.

A lo largo de los años treinta y del decenio siguiente, el espectro de sus responsabilidades docentes seguirá

ampliándose. Tal vez la más importante de ellas haya sido su integración, a principios de los cuarenta, al cuerpo magisterial de la Facultad de Filosofía y

Letras, donde en 1951 obtiene el grado de Maestro en Filosofía, en la que imparte las materias de Literatura Comparada y de Teoría Literaria. De sus clases en la UNAM y en otras instituciones de la ciudad de México habrá de separarse temporalmente, durante la mayor parte de los años cincuenta, para regresar a su tierra natal, primero para hacer campaña como candidato a la gubernatura de Jalisco y, posteriormente, para encabezar el gobierno de su entidad durante el sexenio 1953-1959.

ALUMNO DE JALISCO, MAESTRO DE LA NACIÓN

Pero aun fuera de las aulas, Yáñez no se alejó de la educación, a la que siguió sirviendo y honrando de otra manera. Como gobernador, desplegó una obra sin precedentes a favor de la educación pública de Jalisco. A lo largo y ancho del estado, se construyeron 210 nuevas escuelas, y a la Escuela Normal de Jalisco la dotó del magnífico edificio que hasta la fecha ocupa. En el campo de la educación superior y no obstante las fricciones y diferencias que tuvo con la *nomenklatura* que regenteaba la Universidad de Guadalajara (una huelga organizada por la Federación de Estudiantes de Guadalajara obligó a que dimitiera el rector José Barba Rubio, el cual había sido designado en el cargo por el propio Yáñez), acrecentó el presupuesto de la casa de estudios 112.5%,⁵ en una época en que la inflación era prácticamente algo inexistente.

Esta significativa ampliación presupuestal permitió la apertura de las preparatorias regionales de Ciudad Guzmán y Lagos de Moreno y la creación de la Facultad de

5. Rangel Guerra, Alfonso. *Agustín Yáñez: un mexicano y su obra*, Empresas Editoriales, México, 1969, p.144.



AGUSTÍN YAÑEZ EN 1953, cuando volvió a Guadalajara a hacerse cargo del gobierno de Jalisco (fotografía de Juan Víctor Arauz).

Filosofía y Letras, la cual fue inaugurada el 5 de febrero de 1956. Con esto último, Yáñez vio cumplido uno de sus sueños de juventud: que Guadalajara contara con una institución superior dedicada al estudio y la investigación

de las humanidades. Y para consolidar el arranque de la naciente facultad, el gobernador Yáñez patrocinó el traslado desde la ciudad de México de un grupo de brillantes mentores, quienes llegaron en calidad de “maestros

LUEGO DEL ANTICLIMÁTICO FINAL de la administración de Gustavo Díaz Ordaz, Agustín Yáñez padece la incompreensión de las autoridades de la UNAM, de la agraviada comunidad universitaria y aun de buena parte de la intelectualidad mexicana

De no haber sido por los sucesos trágicos de 1968, a los que Agustín Yáñez, por cierto, se opuso hasta el extremo de presentar su renuncia,⁷ su paso

por la Secretaría de Educación Pública sería recordado ahora como una de la gestiones más destacadas en el campo de la educación pública de nuestro país.

invitados”. Entre ellos, estuvieron José Gaos, Rosario Castellanos, Sergio Fernández y Luis Villoro. El gobernador Yáñez también favoreció la creación, en 1957, de la universidad jesuita de Guadalajara: el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), de cuyo lado estuvo cuando “corrientes enconadas [...] se empeñaron en apagar esta idea naciente”.⁶ Once años más tarde, ya como secretario de Educación Pública, Yáñez respaldaría también las gestiones del ITESO para obtener la incorporación de sus estudios a la UNAM, la cual, luego de años de regateo, finalmente le fue otorgada el 11 de noviembre de 1968.

El conflicto de 1968 y la tensión que se creó entre el presidente Díaz Ordaz y su secretario de Educación, malograron otros proyectos que Agustín Yáñez traía entre manos. Uno de ellos, ya muy avanzado, era la creación de El Colegio de Jalisco (hasta entonces, la única institución de este tipo que existía en el país era El Colegio de México), al frente del cual iba a estar nada menos que el historiador Luis González.

A principios de marzo de 1959, luego de terminar su gestión como gobernador de Jalisco, Agustín Yáñez regresa a la ciudad de México, donde se reincorpora a la vida académica de la UNAM, de la que en 1962 volverá a separarse para hacerse cargo de la Subsecretaría de la Presidencia durante el gobierno de Adolfo López Mateos, y dos años más tarde, de la Secretaría de Educación Pública (SEP) en el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970). Como primer maestro de la nación, Yáñez prosiguió la brillante labor de su predecesor inmediato, Jaime Torres Bodet: amplió programas como el de la distribución de Libros de Texto Gratuitos por todo el territorio nacional; los Desayunos Escolares, los cuales fueron particularmente relevantes en el medio rural y en las zonas urbanas marginadas, y, entre otros importantes programas educativos y civilizatorios, la Campaña Nacional de Alfabetización para Adultos.

Luego del anticlimático final de la administración de Gustavo Díaz Ordaz, Agustín Yáñez padece la incompreensión de las autoridades de la UNAM, de la agraviada comunidad universitaria y aun de buena parte de la intelectualidad mexicana, quienes injustamente vieron en él a una especie de antihéroe; no como alguien que, desde el poder había tratado de oponerse a la represión, sino como a uno más de los represores. Un ejemplo de esa incompreensión y del vulgar revanchismo político que ha permeado nuestra vida pública, lo encarnó Fernando Solana, secretario general de la UNAM durante los sucesos de 1968 y quien, diez años más tarde, al tomar posesión como secretario de Educación Pública durante el sexenio de José López Portillo, despidió a Agustín Yáñez de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos, el último cargo que el recordado escritor tuvo en la administración pública, a quien la muerte sorprendería, meses más tarde, el 17 de enero de 1980, a la edad de 75 años. ■

6. Posada, Pablo Humberto, sj. “Reconocimiento a Agustín Yáñez”, en *El Informador*, Guadalajara, 4 de diciembre de 1997.

7. Ricardo Garibay, quien había sido alumno de Yáñez en la Preparatoria Nacional, cuenta en uno de sus libros de memorias cómo atestiguó la ocasión en el momento en que su antiguo maestro le presentó su renuncia al presidente Díaz Ordaz, y cómo este último, enfurecido, rechazó la renuncia. Véase *Cómo se gana la vida*, Joaquín Mortiz, México, 1992, pp. 273-274. Véase también García Ruiz, Ramón, *Mis ochenta años*, Uned, Guadalajara, 1993, pp. 151-152.